



# Otro sueño de mil gatos

*Guillermo Zapata Romero*

\*\*\*\*\*

## Otro sueño de mil gatos

\*\*\*\*\*

Nahla separa de una patada un trozo de madera que le impedía acceder a la azotea.

– Buah, crema – dice.

Detrás de ella permanecen agazapados Julio, Rafita, el Gordo, El Noni, Julia y su primo, que Nahla no sabe cómo se llama, y la novia de Rafita, Vivi.

La noche se muestra ante ellos como una esfera gigante llena de constelaciones de pequeñas farolas que lo iluminan todo. Ni una nube, todo estrellas. Los últimos días de septiembre quiebran un poco el calor agobiante de las semanas anteriores. A esa hora corre una brisa agradable.

El grupo se desperdiga por la azotea con distintos objetivos. Encender un fuego usando restos de madera, papeles y algún recipiente de metal, sacar las cervezas de medio litro que han conseguido comprar en el chino a pesar de la hora, y buscar la mejor pared para el mural.

Nahla decide que su pared favorita es una que está de espaldas al río. Desde la azotea se puede ver el Manzanares, la mitad de Madrid Río y, al otro lado, su barrio, Arganzuela.

Sin saber muy bien el motivo, Nahla le hace un corte de mangas al norte de la ciudad y lanza un insulto en árabe. Le gusta su barrio, odia Madrid. Le gustan sus colegas, pasar las vacaciones con ellos, bailar, marcar muros. Cuando empiece el colegio será su último año, luego los listos irán a la universidad y ella, quién sabe. No quiere pensarlo. Ninguno quiere.

Las canciones fluyen sin terminarse, una playlist improvisada por el ímpetu de uno o otra, que se levantan y cambian lo que está sonando para poner lo siguiente que se les ocurre. Algunas de las chicas bailan un poco. Los chicos se hacen los duros. A veces se levantan y se mueven, también. Compiten con saltos. A ver si llegas aquí o allí.

Nahla está a lo suyo, con su pared, disfrutando, pensando en el mural que va a hacer, en los colores, la composición.

Le encanta eso. Cuando mira pensando en lo que va a haber antes de que lo haya. Luego siempre se frustra pensando que lo que ha quedado es peor que lo que había imaginado, pero en ese momento...

– Tssst, ¿quieres?.

Es Julio. 17 años, el pelo corto por detrás y un flequillo largo en la parte de delante, un pendiente en la oreja, camiseta de manga corta con un dibujo súper gastado de Naruto y pantalones vaqueros también desgastados. Le tiende un porro.

- ¿Quién se lo ha currao? – dice Nahla.
- El Gordo – contesta el otro aún sujetando el porro.
- Paso.
- Lo ha hecho suave – dice el chico.

Nahla sabe que es mentira, que el Gordo, que se ha sentado en un sofá desvencijado y estará toda la noche liando y fumando, no sabe hacerlos suaves. Y a ella le da mareo. Pero accede y le da una calada larga porque le gusta Julio y porque no quiere que parezca que no quiere fumar.

- Dile que no los cargue tanto.

Sonríe. El humo le llena los pulmones. Nota el efecto en el cuerpo.

- Vaya mierda de costo, niño. Mi hermano lo pilla mucho más guapo.
- Yo qué se, mora, lo que hay.
- Mi hermano lo pilla mejor. Preguntarle a él para pillarlo.

El primer porro que se fumó en su vida se lo pasó su hermano mayor, que los fuma en casa cuando está agobiado de estudiar. Es dos años mayor que ella y es “de los listos”. Va a estudiar química. Es el primero de sus tres hermanos (ella es la cuarta, tiene otro más pequeño y dos por encima) que va a la universidad, supone ella que será el último. El mayor de todos estaba trabajando de albañil, pero ahora se ha parado todo por lo del COVID. Ella siempre está a punto de repetir curso y su hermano pequeño es aún demasiado pequeño, pero apunta maneras. Son un huevo. En casa han pasado unos meses de mierda. Siete en un piso. Su hermano mayor se fue con su novia porque no se podía estar. Su madre, su padre, la abuela Amina y los cuatro hermanos en un piso de cincuenta metros cuadrados en Pradolongo, su barrio. Desde que pudo pisar la calle no la ha soltado. No quiere que la vuelvan a encerrar otra vez.

- Eh.

Julio ha sacado su móvil y se lo muestra para hacerse un selfie. Ella saca la lengua y hace un gesto con las manos. Se ríen. Sabe que él quiere hacerle fotos a chicas para poner celosa a su ex. Lo sabe pero le da igual, porque su ex es una gilipollas y se merece pasar celos y lo que haga falta.

Venga. A pintar.

\*\*\*\*\*

La cosa empieza cuando la fiesta decae. Los muros están marcados, los grafitis ponen “Usera-Pow” “Yallah” y “G4NG”, las canciones se han repetido ya un par de veces, no queda bebida. Julia y el Noni se han quedado medio dormidos junto al Gordo, que sigue liando porros y riéndose sólo, como si viera algo que los demás no ven. La Vivi y Rafita bailan borrachos. Es Nahla quien los ve llegar. El coche, las luces azules reflejadas en las ventanas del edificio de enfrente. El golpe en la puerta. En ese momento ya le parece raro que dos policías vayan tan a saco con la puerta, pero la urgencia le quita valor a los golpes. Al fin y al cabo es un edificio abandonado, ¿a quién va a importarle la puerta?

– ¡Va va va, la madera! – dice a gritos.

Ya está corriendo en dirección a la puerta para esconderse en uno de los pisos inferiores. Supone que los habrá avisado algún vecino (seguro que por las putas hogueras, que se verán desde medio Madrid) y que irán corriendo hasta la azotea. Todos se espabilan como si estuvieran esperando ese momento y, de forma caótica y desordenada, haciendo más ruido del que deben, bajan al piso de abajo. Alguno se ríe, fruto de los nervios y la borrachera. Nahla chista un “joder” para que todo el mundo se calle. Es lo que le faltaba, que la detengan.

No hay muchos sitios dónde esconderse, la verdad. El edificio está a medio hacer o a medio deshacer, es difícil saberlo. No hay paredes, sólo la estructura de vigas de hormigón que lo mantiene en pie. Ahí se agazapan, entre las vigas. Al menos eso hacen Nahla, Julio y el Gordo. El resto sigue escaleras abajo y al poco rato, como si los policías hubieran ido por otra escalera (o como si no les hubieran visto o les hubiera dado igual), les escuchan corriendo por la calle y Nahla los ve alejarse a toda velocidad del edificio.

Escucha como la pareja de nacionales sube por las escaleras de cemento. Los oye muy cerca, como si se estuvieran moviendo justo detrás de ella, pero se obliga a decirse que es fruto del alcohol, los porros o el susto. Hace una señal al Gordo y a Julio para que cuando lleguen a la parte de arriba y les sobrepasen, bajen a toda velocidad. Julio asiente con la mirada, el Gordo dice que no. Está escondido en la parte más alejada y si se puede evitar correr va a hacerlo. No le llaman “Gordo” por casualidad y sabe que le pillarían. Nahla se encoge de hombros dejándole la decisión a él. Tampoco puede cuidar de todo el mundo.

El primero de los policías aparece por las escaleras y su silueta se recorta sin matices por efecto de la luna. Van sin linterna, lo cual también es raro, pero Nahla tampoco piensa en eso, porque el latido del corazón es como una batería aceleradísima de una canción punk de las que escuchan los hermanos mayores de sus colegas. Tupa tupa tupa.

Cuando el segundo policía aparece por la escalera y los dos se quedan parados en medio de esa planta sabe que las cosas van mucho peor de lo que había pensado. Se queda paralizada mirándolos desde la oscuridad de su escondite, con el cuerpo rígido por la tensión.

Es el movimiento de la cabeza, hay algo extraño en la forma en la que mueven la cabeza. Es cómo si estuvieran... Olisqueando el aire. Y su postura también es rara. Están con las rodillas semiflexionadas y la espalda echada hacia atrás. Si no fuera por su forma antropoide, Nahla diría que son como animales.

“Alimañas”, es la palabra que le viene a la cabeza. Y entonces lo escucha, un siseo intenso, como alguien tiene mucha saliva en la boca y hace por quitarse los restos de baba aspirando. El sonido hace que se estremezca, pero no es capaz de moverse.

Julio, sin embargo, sí que lo hace y aparece corriendo entre dos columnas a toda velocidad. Salta al hueco de la escalera a apenas medio metro de los policías y grita un “¡Vamos!” que suena a señal y a que no se ha dado cuenta de que nadie le sigue. Nahla no puede moverse y, lo que es más extraño, los dos policías tampoco lo han hecho. Los dos siguen en esa posición extraña, mirando al techo y silbando.

Nahla siente que la están buscando a ella. Se dice que es paranoia de los porros y que debe calmarse, pero al mismo tiempo tiene la certeza absoluta de que están allí por ella. Lo siente en el cuerpo. Debe moverse, tiene que superar el miedo y salir de ahí. Así que desplaza su pierna hacia la derecha para coger fuerza e intentar saltar por el hueco de la escalera hacia abajo...

Los dos seres se giran en su dirección, como si hubieran captado el sutil movimiento de su cuerpo. Se giran a la vez, con una sincronización perfecta. Y empiezan a acercarse a ella. Al andar, oscilan hacia delante y van medio encorvados. El siseo se mantiene, cada vez más intenso y en la oscuridad de la noche Nahla cree ver el brillo de una fila de dientes blancos y afilados que llenan una boca redondeada, pero también las cuencas de los ojos. Esas dos “criaturas” carecen de ojos, son todo baba y colmillo.

Y se están acercando. Paso a paso. Nahla mira la columna donde estaba antes el Gordo, pero no le ve. Ya no ve nada. Sólo esos dos seres que se la van a comer. Mierda, ¿qué cojones se ha metido? ¿Que ha tomado para estar así? Tiene que pensar, tiene que calmarse y salir de ahí.

Coge aire y respira dos o tres veces para conseguir tranquilizarse mientras las criaturas se aproximan a la columna en la que se encuentra. Ya casi las tiene encima y puede escuchar el roce estridente, aunque muy leve, de dos filas de dientes entrando en colisión.

“Se me van a comer si no salgo de aquí”. Ese es el pensamiento que tiene en la cabeza cuando en vez de salir corriendo en dirección a la escalera, enfila a toda velocidad al lugar donde debería estar la fachada del edificio con la intención de descolgarse desde allí hasta el piso de abajo.

Las dos criaturas reaccionan a su movimiento con la misma velocidad y se dirigen hacia ella. No las ve, pero por el sonido diría que van a cuatro patas y están cada vez más cerca. No hay tiempo para calcular si lo que pretende hacer es una locura, por lo que simplemente se desliza por el borde enganchándose con las manos y dejando caer el cuerpo hasta quedar colgada cual

larga es entre un piso y otro. Al hacerlo se ha dado la vuelta y ahora ve, por el límite de sus ojos asomando sobre el suelo del piso en el que todavía se encuentra, que efectivamente las dos criaturas que se dirigen hacia ella, ya no hay duda, tienen una forma animalada y salvaje en la que sólo distinguen sombras, babas y colmillos.

Extiende sus brazos por completo con la idea de que sus pies lleguen de un piso al siguiente, pero no lo consigue. No sabe a cuánto está del suelo y si es demasiado (o demasiado poco) trastabillará al tocar con los pies y se caerá al vacío desde un quinto piso. Pero las criaturas están encima suyo y ya no hay tiempo para repensar la estrategia.

Se balancea un poco y salta.

Al tocar el suelo su cuerpo se desplaza hacia el vacío, y lo obliga a recomponerse usando toda la fuerza que encuentra en sus riñones y sus piernas. De pequeña su madre creía que iba a ser bailarina. Recupera el eje de gravedad y en ese momento escucha algo detrás de ella. Una de las bestias iba tan rápido que ha trastabillado y cae al vacío envuelta en sombras. Al impactar contra el suelo, como si de un bote de tinta se tratara, produce una gigantesca mancha negra que al poco de aparecer comienza a disolverse en el asfalto. Como un fantasma.

Nahla lo ha visto y aún no se lo puede creer, pero escucha al otro bicho en la parte de arriba que recula y se dirige a las escaleras y decide no pararse a pensar en nada hasta estar en un sitio seguro. Tampoco repara en que Julio está agazapado a unos metros de donde ella ha caído y le hace señas para que se esconda. Hace exactamente lo mismo que ha hecho hasta ese momento y en cuidadosos movimientos algo más lentos que el primero, pero con la misma efectividad, se desliza piso a piso por la fachada inexistente hasta alcanzar la calle.

Cuando llega abajo ya no hay ni rastro de la mancha de tinta en la que se había convertido lo que sea que la fuera persiguiendo y ella, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, empieza a andar hacia atrás, mirando aún al edificio para no perder de vista nada de lo que...

La puerta de la fachada principal por la que han entrado los dos seres de apariencia policial hace tan sólo un momento salta por los aires tras un topetazo de la criatura que estaba bajando a toda velocidad. Ahora están frente a frente. La criatura ha recuperado su aspecto inicial, pero aún a la luz de las farolas mantiene su rostro horrible lleno de huecos con dientes, con una mata de pelo asqueroso y movimientos animales.

Se miran un momento que a Nahla le parece eterno antes de salir corriendo otra vez. Corre, corre, corre. Enfila la valla de un descampado a la que se agarra de un salto y cruza dando una voltereta. Al caer nota que se ha cortado el pantalón vaquero con un hierro y está manando sangre. No le importa. No puede parar, no debe hacerlo. Corre mientras su corazón bombea sangre y energía a las piernas. Cada vez que mira hacia atrás ve a la criatura que se recorta a trazos entre la sombra de la noche y la luz de la farola y cómo se desplaza usando los pies y las manos, y que cada vez le gana más y más metros. Siente que su cuerpo va a estallar. La sangre

le bombea la cabeza y el esfuerzo le hace lagrimear. Vuelve a sentir las babas y el sonido de los colmillos. Su corazón sigue con el redoble de tupa tupa tupa, pero nada es suficiente.

La criatura salta sobre ella tapando desde el aire la luz de una farola. Nahla se rinde y mira hacia arriba. Y de pronto siente que un impulso la desplaza hacia la izquierda con una intensidad como de corriente de aire huracanada.

Allí donde hace un segundo estaba ella hay ahora un hombre de unos cuarenta y pocos años. Lleva un atuendo cuando menos peculiar. Camisa de color blanco, pantalones de tela como de saco, muy basta, sandalias y sombrero como de campesino. Bajo el sombrero se pueden distinguir sus rasgos: una barba poblada de color castaño oscuro y el rostro alargado. En la mano porta un palo de madera rígido, pero fino, como una larga barra de zahorí y, colgando de la cintura, lo que parece una cantimplora con forma de calabaza.

La criatura cae sobre él como habría caído sobre Nahla si ese fuerte viento que había salido de no se sabe dónde no la hubiera desplazado. El hombre se desplaza hacia la derecha tan rápido que parece un borrón, como un dibujo animado. La criatura cae al suelo y se lanza sobre él con los brazos por delante como si fueran garras. El tipo ataca con el palo y la golpea una, dos, tres veces. Allá donde golpea mana la misma sangre de color negro, como tinta. La criatura responde cada vez con mayor fiereza, pero el tipo mantiene la calma. Casi no se mueve, como un maestro de artes marciales parece que todo el esfuerzo que realiza el bicho por arañarle, golpearle o morderle es respondido con movimientos muy leves y sencillos que se ejecutan sin aparente esfuerzo. La sensación es la de estar viendo un baile en el que uno de los dos está muy desacompañado mientras que el otro se mueve con una música que nadie parece oír. Ese ir y venir dura varios minutos en los que el compás de ataque, golpe, sangre negra, se repite varias veces hasta que la criatura suelta un rugido y se lanza con toda su violencia sobre el hombre que, en vez de apartarse, destapa su cantimplora y rocía al bicho con un líquido transparente. Al contacto con el líquido, la criatura se evapora, con la misma limpieza con la que una acuarela se disuelve en el agua. Sin gritos, ni estridencias.

Hace un momento estaba ahí, y ahora ya no está. Nada. La criatura se ha evaporado y ya sólo queda el tipo, que recompone su gesto, tapa la cantimplora y se dirige hacia donde está Nahla.

– Agua de Wadi-r-ramla. Lo mejor para este tipo de criaturas.

Nahla no se da cuenta al principio, pero el tipo le está hablando en árabe.

\*\*\*\*\*

– El idioma no es lo importante, niña. Escúchame, escúchame atentamente. He hablado todos los idiomas de Mayrit y he servido a señores que hablaban todos los idiomas. Lo importante no es eso, no es el idioma que habla quien se sube encima de ti, ni el idioma que habla quien te

libera para poderse subir después encima de ti. Es la posición, niña. La posición de tu cuerpo, la espalda doblada sobre el campo, la tierra que cultivas, los animales que te salvan de la faena fatigosa. Nahla, ese es tu nombre. ¿Qué importa si se nombra Nahla o se nombra “Sorbo de Agua”? Lo importante es quién eres, quiénes fueron tus mayores. Yo no siempre lo entendí. He dejado que construyan fortalezas de muros en mi nombre, para enterrarme a mí. ¿Qué importa si es Isidro o es Driss? Importa la posición. La posición y el cariño. ¿Tienes ya una María a la que echar de menos? La tendrás. No se llamará María, o quizás sí, tampoco es lo más importante. Escucha, escucha atentamente. Déjame empezar por el principio, por la dama Baast y los sacos de tela. Hace mucho de esto, antes de que los seres humanos contáramos historias, antes de que Nansi tejiera el mundo. Antes, cuando los gatos gobernaban el mundo. Los gatos eran los dueños de todo, del cielo y la tierra y los hombres los servíamos. ¿Lo sabías? No lo sabías. Nadie lo recuerda ya. Algún fabulante, algún lector. Pero los humanos conocen a los siete hermanos, o al menos lo hacían. Saben del jardín de destino y del Anhk que porta su hermana muerte. Los seres humanos soñamos. Y mil humanos soñaron un mundo en el que humanos y gatos cambiaban sus posiciones. Hombres y mujeres sobre gatos y gatas. Los antiguos dueños convertidos en siervos. ¿No es un sueño bonito? A mí me dicen Isidro o me dicen Driss, a veces me dicen vago, a veces me dicen santo. Dicen que duermo, que no trabajo. Como si el sueño y el odio al trabajo fuera algo malo. Lo dicen subidos a mi espalda, ¿sabes Nahla? Lo importante es la posición. No me llaman ya campesino. No se acuerdan de mis manos en la tierra. Ni se acuerdan del río. Todo lo importante aquí empieza con el río, la matriz. La vida, Nahla, como tu nombre, ese pequeño trazo de río que bebe alguien para seguir el camino. Mayerit, Manzanares, Matriz, agua. Pero lo importante es la posición. No nos llaman gatos por casualidad. ¿Conoces la historia? Quizás alguien te la han contado. ¿Qué versión conoces? ¿La del soldado que trabaja para su señor y conquista trepando las murallas? ¿La de las calles tan juntas que favorecen el complot y el asalto? ¿La del símbolo que circula en cintas de cromo? Todas son la misma historia. Son una historia sobre la posición. La que ocupaba yo, la que ocuparon otros antes de mí y la que ocupas tú, Nahla. La ciudad no es la ciudad, son dos ciudades, Nahla. La ciudad de dentro del río y la ciudad que rodea al río. La ciudad que te nombra y te da la posición y la ciudad de quien – bajo el idioma que sea – defiende sus muros. Como esos dos que vinieron hoy a por ti, Nahla. Lo notaron. Tú no lo sabes porque vives, como tantos otros, en el ahora. Pero tu abuela lo sabe por su abuela, que se lo contó su madre y así hacia atrás, como un hilo de seda. Tú ya estuviste aquí, tú ya viviste aquí. Un gato son las generaciones anteriores de gatos. Y así como los gatos que andan a cuatro patas escuchan a Oneiros contar la historia de cuando los hombres y las mujeres servían a los gatos, yo te cuento la historia de la ciudad en la que vives y del sueño en que puedes soñarla. Porque si mil gatos sueñan que el río desborda su cauce y anega esos muros, Nahla, si el río se levanta, los seres invisibles que se suben a tu espalda tendrán miedo, Nahla. El mismo miedo que tienes tú a la palabra, mañana lo tendrán ellos. Por eso estoy aquí. No soy santo, soy campesino. Escucha, Nahla. Tienes que escucharme. Vendrán a por ti y se te meterán dentro, te ordenarán la cabeza y te la llenarán de dientes y babas, te arrancarán el tiempo y dejarán de llamarte campesina. Harán que ames el trabajo que detestas porque te obligarán siempre a pensar en mañana. Pero si mil de nosotros, si mil gatos, si mil dueñas y mil dueños de esta ciudad soñamos que crece el río, Nahla. No podrán detenernos. Tienes que aprenderlo. Tienes que aprender a defenderte de ellos mientras encuentras más gatos con los



que soñar. No te preocupes por el idioma que hablen, preocúpate por su posición, por la gente que tienen subida de pie sobre su espalda. Nahla, escúchame, bebe agua. Bebe. Bébete este río que nos ha dado la vida a todos. Nahla, sueña. Sueña y ven a buscarme. Ya sabes quién soy y cómo me llamo. Busca a los tuyos, Nahla. Cuenta la historia, sueña con los tuyos, Nahla. Te meterán fuego en la cabeza, pero tienes un río para ti. Un río que apaga cualquier fuego. Ten cuidado. Sé feliz. Sólo los gatos de cuatro patas tienen más derecho que nosotros a recuperar lo suyo pero, entre tanto, sueña que la ciudad que rodea la ciudad es la ciudad.

\*\*\*\*\*

Julio ve a Nahla caminando por la calle. Anda despacio, con la mirada perdida. Corre hacia ella.

– Buah, pensé que te habían pillado.

Nahla se gira hacia él con la mirada un poco perdida.

– No – dice.

– ¿Estás bien? Joder, cuando te has ido por la fachada pensé que te matabas. ¿Qué ha pasado con los maderos?

– No sé – dice Nahla – los he perdido.

– Mejor.

Julio la mira. Se pregunta porque nunca se atreve a decirle que le gusta muchísimo, o simplemente darle un beso allí mismo. Con las otras chicas lo hace. Le da igual. Pero con Nahla no le sale. Así que se queda callado a su lado.

– Me piro pa keli – dice ella.

– ¿Te acompaño?

Ella se encoge de hombros y susurra, un “guay” que suena como si lo estuviera diciendo desde muchos kilómetros de distancia. Los dos emprenden camino por el medio de la calle. Ella parece sonámbula. A Julio le gustaría ser de esos chicos que no paran de hablar, pero no es capaz. Así que se queda callado y anda a su lado. Ella parece sonámbula, cómo si no estuviera allí.

– ¿Te encuentras bien? – le dice, un poco por nervios y otro poco por preocupación sincera.

– Sí. Sí, sí. Estoy guay. Es que... No sé.

Parece que, efectivamente Nahla no sabe. Julio nunca la había visto así.

Cuando llegan a su casa se quedan parados en la puerta. Ninguno de los dos dice nada. Julio la mira, pero ella no le mira a él. Se lleva las manos a la cara, como para desembarazarse de un pensamiento y concentrarse, pero luego no hace nada.

– ¿Cuál es mi piso? – dice ella.

Julio la mira sorprendido.

– Tía, quieres ir al médico o algo. A ver si te ha dado un chungo.

– ... es el tercero. El tercero algo.

– El B creo que es, vaya cebollón llevas.

Julio se ríe mirando al suelo, la gente cree que lo hace por hacerse el chulo, lo de reírse y no mirar, pero en realidad le da vergüenza porque tiene un diente un poco picado y porque no le gusta que le salgan emociones sin controlarlas.

– Estoy bien, de verdad.

Nahla va a llamar a la puerta y Julio la detiene.

– Pero tía, que son las cuatro y pico. Vas a despertar a toa tu familia. ¿No tienes llaves?

Nahla levanta las cejas como si recordara algo y se lleva la mano al bolsillo. Efectivamente, ahí están las llaves. Se las enseña y sonríe muy lentamente. Parece que no le mira a él, sino a algo que está justo detrás. Mete la llave en la cerradura del portal y gira la cerradura. La puerta se abre. Nahla camina al interior del portal que tiene la luz apagada. Desaparece en la oscuridad. Ahora es Julio el que está parado mirando a la nada.

De pronto, Nahla aparece de vuelta, con los mismos gestos adormilados le señala con el dedo.

– Tú a mí también me molas. Pero eres un vacilas, Julio.

– Ya, perdona – dice él.

– No pasa nada. Mañana lo hablamos – dice ella sonriendo.

Y vuelve al interior.

Julio se queda mirando a la nada con una sonrisa de oreja a oreja. Se le ha olvidado el aspecto extraño y soñoliento de su amiga. Que quizás ya no es su amiga. Quizás es mucho más que eso. Un grito a su espalda le saca de su ensoñación.

– Hijos de putaaaa, que me habéis dejao ahí tirado con los maderos que casi me cago de miedo.

Es el Gordo.

\*\*\*\*\*

Nahla abre la puerta de su casa con sigilo y se desplaza al interior como una sombra, como una ninja o... sí, como una gata. Al pensarlo sonrío. Camina por la casa en silencio hasta su habitación, pero antes de entrar retrocede y entra en la que su abuela comparte con su hermano pequeño. Los dos están dormidos. Ella respira con tranquilidad, las arrugas enmarcando un rostro que se pega ya mucho a los huesos. Nahla se acerca, le da un beso y le acaricia unas briznas de pelo gris. Susurra para sí: “Wadi-r-ramla”, y se va a su habitación.

Su hermano también está durmiendo. Le mira un segundo y se mete en la cama. Saca su móvil y busca “madrid medieval” y “madrid antiguo” y “manzanares” y... se queda dormida.

Nahla sueña.

Sueña como una gata.

\*\*\*\*\*

Texto: Guillermo Zapata Romero

Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés

Licencia: Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual

Imagen de portada: Henri Guérard (1888), *Tête de chat noir* sobre Pedro Teixeira (1656) *Mantua Carpetatorum sive Matritum Urbs Regia*, via Gallica - archivo digital de la Biblioteca Nacional de Francia y Wikipedia, Dominio público

Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, Open Font